

Sergio Zañartu, s.j.

Profesor de la Facultad de Teología
de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Revelación, tradición e inculturación. Pautas para un ensayo

A) LA REVELACIÓN Y SU ACOGIDA EN LA FE

Dios se da a conocer al hombre por medio de la creación (1). Así, en sentido amplio, se podría hablar de una revelación por la creación. También intuimos su presencia en lo profundo de nuestro interior: hacia Él, suma Verdad y sumo Bien, tiende todo el dinamismo humano, y en Él encuentra la felicidad. Pero Dios, en su amor y libertad absoluta, puede venir al encuentro del hombre en la historia, auto-revelársele (2). De hecho, fue así y su autocomunicación culminó en la donación de sí mismo en Jesucristo mediante el Espíritu. La pascua de Jesús, su muerte y resurrección (con la donación de su Espíritu), es esa culminación, el comienzo de lo definitivo (escatología), de la venida del reinado de Dios.

Pero para que haya revelación, para que sea salvadora respecto al hombre concreto, ella tiene que ser recibida, es decir, necesita la respuesta de la fe (3). Esto es esencial al proceso de la autocomunicación de Dios: acoger su Palabra. La Palabra de Dios se la acoge propiamente en la fe, por la que el hombre se entrega a Dios en la obediencia de la fe (4). La fe viva es transformante y el pecador es justificado.

(1) Sb 13, 1-9; Rm1, 19s. Cf. DS 3004; 3026. Véase Hch 17, 27s.

(2) Y, como dice el concilio Vaticano I, a esta revelación se le atribuye que el hombre, en la actual condición caída del género humano, pueda conocer con facilidad, firme certidumbre y sin error, a Dios principio y fin de todo, lo que de suyo es cognoscible por la luz natural de la razón humana con certeza (DS 3005; cf. DV 6).

¿Cómo puede el hombre percibir que en unos acontecimientos determinados (hechos y dichos) Dios se le está revelando? Lo percibe por la gracia de la fe y fundamenta esta percepción en signos extraordinarios como milagros, cumplimiento de profecías (cf. DS 3009; 3033s), el mismo prodigioso nacimiento y desarrollo de la Iglesia a través de los siglos (cf. DS 3013s), la sublimidad de la doctrina, la irradiación de santidad (cf. LG 50) y del amor, la respuesta a las más profundas demandas interiores del hombre, la transformación de su vida, etc. Jn va poniendo en su Evangelio los signos de Jesús para que creamos en él (p. e. Jn 20, 30s). El gran signo es el mismo Jesús: su vida, doctrina y obra. Su resurrección es la piedra fundamental de nuestra fe.

(3) La revelación es una invitación de parte de Dios, una conversación que Él entabla con los hombres como amigos, donde se revela a sí mismo y hace conocer el sacramento de su voluntad (DV 1; cf. DV 8).

(4) Rm 1, 5; 16, 26. Cf. DS 3008s; DV 5.

Lo que recibe no es un recuerdo de Cristo, sino al mismo Cristo actuante en su Espíritu, y así el creyente pasa a ser una nueva creación (5) en Cristo, un hijo de Dios, con acceso al Padre por Cristo en el Espíritu (6). La fe es un don gratuito de Dios (7). Por eso se puede recibir a Dios sin convertirlo en ídolo, a la medida humana: en el fondo, Dios se recibe a sí mismo en nuestro acto de fe. La fe es eclesial. ¿Cómo creeríamos si no se nos anuncia el Evangelio? (8). La Palabra reveladora de Dios convoca una comunidad, Iglesia, y es confiada a ella para su transmisión. Siempre que se recibe la Palabra, se produce (consume) la revelación para ese individuo o comunidad. Lo que se revela y comunica es Dios mismo y su plan de salvación (economía) (9). Es la revelación del reinado de Dios y su venida en la historia y como historia. Se comunica, pues, al hombre la verdad y amor salvíficos, la vida eterna, la comunión con Dios. Dios es la Verdad que se comunica. La revelación, por tanto, es la autocomunicación salvadora de Dios al hombre en la historia, que se recibe en la fe eclesial.

B) LA TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN

Dios revela en la historia y utiliza a los hombres y comunidades creyentes para transmitir su revelación de unos a otros (10). El hombre es así asociado a la acción de Dios. Así Jesús encargó a sus apóstoles (y sucesores) el anunciar el Evangelio, y todo fiel cristiano tiene el deber profético de testimoniario y proclamarlo (11). Esa transmisión, que incluye la Escritura como forma privilegiada de ella, se llama también ‘tradición’, en un sentido amplio de esta palabra (12). En el sentido restrin-

(5) 2Co 5, 17; Ga 6, 15.

(6) Ef 2, 18. Cf. DV 2.

(7) Cf. DS 3010; DV 5.

(8) Cf. Rm 10, 14s.

(9) DV 2; 6.

(10) Cf. 1Co 11, 23s; 15, 1-3.

Puede decirse que Tradición es la autotradición de la Palabra de Dios en el Espíritu, mediante el servicio de la Iglesia, para salvación. Respecto a la tradición en general, nos advierte M. Seckler (*Im Spannungsfeld von Wissenschaft und Kirche. Theologie als schöpferische Auslegung der Wirklichkeit*, Freiburg 1980, p. 113): “El hombre es un ser de tradición, en lo bueno y en lo malo. Es indiferente cómo uno se coloca ante este hecho: si en él ve más bien lo que lo enriquece y libera, o la amenaza de la libertad y de la originalidad mediante el peso del pasado. Y es indiferente en qué tradiciones, de hecho, esté él, las que él puede afirmar y las que él rechaza. Él está inevitablemente metido en un conjunto de conexiones de tradición, y gana y pierde su vida desde ellas y contra ellas. No es posible una relación unívoca a la tradición. Ambivalente, como ella misma es, es también nuestra posición respecto a ella”.

(11) Cf. LG 35, etc.

(12) Porque la palabra ‘tradición’ viene del verbo latino ‘tradere’ que significa entregar, poner en las manos de otro, lo que equivale a transmitir. Corresponde al mandato que Cristo, culminación de la revelación de Dios, dio a los apóstoles de predicar a todos el Evangelio, comunicándoles los dones divinos (DV 7). Respecto a las diversas acepciones de la palabra ‘tradición’, cf. Y. M. J. Congar, *La Tradition et les traditions. II: Essai théologique*, Paris 1963, cap. 2. Dice este autor (*Ib.*, 213): “La Tradición es síntesis: es documento y realidades, dato y vida por el Espíritu, norma objetiva y sujeto viviente. No la consideraríamos adecuadamente si quisiéramos reducirla a uno solo de sus elementos”. Observa respecto a los textos escritos en general: “lo que en el contenido total de la tradición es texto realiza imperfectamente el carácter propio de la tradición, que consiste en ser una transmisión de persona a persona, por lo que necesita un sujeto viviente” (*Ib.*, 67).

gido, Tradición se contrapone a la Escritura. Así el concilio Vaticano II dice que la Tradición (13) y la Escritura están íntimamente conectadas y se comunican, formando, de algún modo, una unidad (14). “La Sagrada Escritura, en efecto, es la locución de Dios, en cuanto, por inspiración del Espíritu Santo, se consigna por escrito; y la sagrada tradición, por su parte, transmite íntegramente la palabra de Dios, confiada por Cristo Señor y el Espíritu Santo a los Apóstoles, a los sucesores de ellos...” (15). Ambas constituyen el ‘depósito de la revelación’, un tesoro entregado a la Iglesia para ser conservado y transmitido en forma íntegra y vital a todos los hombres que lo reciban en la misma fe. Escritura y Tradición son dos modos diferentes (íntimamente conectados y formando una unidad) en que nos llega la única revelación, la Palabra viva y operante de Dios, el Evangelio de Cristo (16). Porque la única revelación transmitida oralmente por los apóstoles, fue consignada por escrito, en forma privilegiada (17), por inspiración del mismo Espíritu que asistía a los apóstoles en su predicación (18). La Iglesia venera la Palabra de Dios con igual afecto en la Tradición y en la Escritura (19). La Iglesia no saca solo de la Escritura su certeza de todo lo revelado (20). La íntima trabazón entre Tradición y Escritura (21) corresponde muy bien a la naturaleza histórica y social del hombre. Así la objetividad (en cierto sentido la letra) de la Escritura, que no admite cambio (22), parece indispensable para que la Tradición no se desvíe (23).; y a su vez, la Tradición parece indispensable para que recibamos (interpretemos) la Escritura en forma vital y salvífica en los diversos tiempos y circunstancias (24).

-
- (13) La Tradición, de la que aquí hablamos, se distingue de las diversas tradiciones, por muy beneméritas que estas sean, que la vehiculan, encarnan y expresan en las diversas culturas. No nos referiremos al mal uso que hacen ciertos ‘tradicionalistas’ de la palabra ‘tradición’.
- (14) DV 9.
- (15) DV 9. Cf. DV 7.
- (16) La Tradición corresponde al Evangelio escrito por el Espíritu en los corazones, encarnado en la vida de la Iglesia. También podemos decir que la Tradición existe porque la Revelación desborda la Escritura y porque la Escritura siempre necesita actualización, interpretación.
- (17) La predicación apostólica se expresa, de modo especial, en los libros inspirados (DV 8).
- (18) “El mandato fue cumplido bien fielmente, tanto por parte de los apóstoles que en la predicación oral, ejemplos e instituciones transmitieron aquellas cosas que habían recibido de la boca, trato y obras de Cristo o habían aprendido por sugestión del Espíritu Santo, como por parte de aquellos apóstoles y varones apostólicos que bajo la inspiración del mismo Espíritu Santo pusieron por escrito el anuncio de salvación” (DV 7).
- (19) DS 1501; DV 9.
- (20) DV 9.
- (21) “Por tanto, la sagrada tradición y la Sagrada Escritura están estrechamente trabadas y comunicadas entre sí. Puesto que ambas, por manar del mismo manantial divino, confluyen en cierto modo en uno y tienden al mismo fin” (DV 9). Cf. DV 10.
- (22) Cf. DV 21.
- (23) La Escritura, Palabra de Dios inspirada, es la norma. P. Lengersfeld (*Tradición y Sagrada Escritura: su relación*, p. 552, en *Mysterium Salutis* I, 1, Madrid 1969, pp. 522-557) se expresa así: “La Escritura es *palabra formal de Dios*, es palabra de Dios. La tradición, por el contrario, es una palabra que *formalmente* procede del *hombre* y *contiene* la palabra de Dios. Estas fórmulas expresan la convicción de que la Sagrada Escritura está más próxima a la Palabra original de Dios (el Logos personal) y a la misión del Espíritu”.
- (24) La Tradición viva es el lugar típico de la inteligencia de la Escritura. Cf. DV 12. Según Congar (*op. cit.*, 114), “hay muchas cosas que los cristianos comprendieron en los escritos apostólicos o en los testimonios más antiguos, y continúan comprendiéndolos, porque poseen las realidades de las que estos textos hablan”. Dice este mismo autor: “Si la tradición permite sobre todo conservar la plenitud del depósito apostólico, la Escritura le permite sobre todo conservar su pureza” (*Ib.*, 62).

En la Tradición, gracias al Espíritu Santo, la Iglesia reconoce lo que es Escritura inspirada y declara el canon de esta. Gracias al Espíritu, la Iglesia sabe que la revelación pública de Dios terminó con los tiempos apostólicos, que nos transmiten lo de Cristo, el Hijo, palabra definitiva de Dios, en el que ella culmina (Hb 1, 1s) (25). “De donde se sigue que la economía cristiana, como nueva y definitiva alianza, no pasará jamás, y ya no hay que esperar nueva revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1Tm 6, 14; Tt 2, 13)” (26). Así la revelación queda constituida delimitadamente como hecho histórico (27), y la tradición posterior se mueve en torno a la acogida y continua interpretación de una revelación ya históricamente realizada. Y es esa culminación conclusiva (escatológica) en Cristo, la que nos permite interpretarla desde Él y su pascua. De lo contrario, al no estar cerrada como revelación, no tendríamos una clave segura de interpretación. Y esa misma culminación conclusiva de la revelación en Cristo contribuye a que la Tradición sea un constante volver a esa su fuente para una mejor interpretación de la revelación en el presente. Así la Tradición, transmitiendo la revelación, vive reinterpretándola, explicitando y profundizando, pero no añadiendo nuevo contenido, porque la revelación pública ya está terminada (28). Es interpretación sobre todo de la Biblia (29), pero también de los testimonios de la tradición eclesial para llegar a escuchar lo que la Palabra de Dios, siempre actual, nos quiere decir ahora, a la luz del testimonio interior del Espíritu.

Pero, gracias al Espíritu Santo, la Tradición termina en una nueva acogida en la fe, lo que constituye a su vez revelación para ese nuevo creyente (30). De esta manera la revelación continúa aconteciendo salvadoramente para nosotros, en nuestra apropiación vital por la fe. Nos dice el Concilio: “Por la misma Tradición conoce la Iglesia el canon íntegro de los libros sagrados, y las mismas sagradas letras son en ella entendidas más a fondo y se tornan constantemente operantes; y así Dios, que habló antaño, sigue hablando sin intermisión con la esposa de su Hijo amado; y el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia y por ella en el mundo, conduce a los creyentes a toda la verdad y hace que en ellos habite copiosamente la

(25) Cf. DV 7. La revelación se cumplió en la acogida por la fe apostólica, que pasa a formar parte de la misma revelación.

(26) DV 4.

(27) Esto contribuye a hacerla plenamente humana.

(28) La revelación nos da ojos nuevos para contemplar la realidad actual.

(29) Pablo interpretó el Antiguo Testamento (la Escritura) desde el acontecimiento de Cristo, que es Espíritu (2Co 3, 14-18) (el espíritu se contrapone a la letra), asimismo, en cierto sentido, la Iglesia, desde el Espíritu que la acompaña, vivifica y enseña, desde el Evangelio (Tradición) vivo, va en la historia interpretando la Escritura neotestamentaria (cf. J. Ratzinger, *Ensayo sobre el concepto de tradición*, I, 2, 2, en K. Rahner y J. Ratzinger, *Revelación y Tradición* [QD, 7], Barcelona 1971, pp. 27-76). Nos dice el Concilio (UR, 11): “Al comparar las doctrinas, recuerden que existe un orden o ‘jerarquía’ en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana”.

(30) Afirma Congar: “En el fondo, la Escritura no es sino un testimonio de la Revelación hecha, y un medio puesto por Dios, de la Revelación que quiere hacernos de sí y de su salvación, pero esa Revelación no es plenamente ella misma sino *cuando se hace a alguno*, cuando es *recibida actualmente por un espíritu viviente* en el acto de fe, que implica una acción en nosotros del Dios viviente que da testimonio de sí mismo: ‘Todo aquel que cree tiene en sí el testimonio de Dios’ (1Jn 5, 10)” (*op. cit.*, 158).

palabra de Cristo (cf. Col 3, 16)” (31). Así la revelación va llegando a los hombres a lo largo de la historia. No es, como ya dijimos, que Dios nos dé una nueva revelación pública, sino que se trata de la misma revelación pasada que, bajo el Espíritu, se va actualizando y enriqueciendo en su comprensión por los creyentes, y a través de este proceso Dios nos sigue hablando. Dios, por tanto, sigue obrando la historia de salvación en y a través de su revelación en Cristo. En la lectura de los signos de los tiempos (32), el Espíritu Santo nos abre a nuevas perspectivas de la acción de Dios, que nos permiten una mejor actualización de la Tradición.

La Iglesia, en su doctrina, vida y culto, transmite todo lo que ella es, todo lo que cree (33). Y no solo la jerarquía, los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, las asociaciones de fieles, sino también todo fiel cristiano (34) está llamado a dar testimonio de su fe, a ser eslabón en esta cadena de transmisión (recepción y nuevo testimonio) de la revelación, que comenzó con el testimonio de la acogida primitiva y fundante de parte de la Iglesia apostólica (35). En la cadena de transmisión se destaca la época de los Padres de la Iglesia (36). Pero el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita o por Tradición, compete al Magisterio de la Iglesia, el que no está por sobre la Palabra de Dios sino a su servicio (37), y goza en determinadas circunstancias del carisma de infalibilidad por asistencia especial del Espíritu. Pero, como la revelación termina en el creyente y Dios se revela a su Iglesia, a todos sus fieles, la comunidad creyente en su conjunto, conducida por el Espíritu, no puede errar en su fe (38), y al servicio de esa fe está el Magisterio. De ahí

(31) DV 8.

(32) Cf UR 4; AA 14; DH 15; PO 9; GS 4; 11. Véase SC 43; GS 44.

(33) “Ahora bien, lo que los apóstoles transmitieron comprende todo lo que contribuye a que el pueblo de Dios lleve vida santa y se acreciente la fe; y así la Iglesia, en su doctrina, vida y culto, perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella misma es, todo lo que cree” (DV 8; cf. DV 10). DV 7 habla de la transmisión apostólica por la predicación oral, ejemplos e institucionales. Las riquezas de la Tradición, en tiempo de los Padres, se transfundían a la praxis y vida de la Iglesia creyente y orante (DV 8).

La Iglesia siempre es llamada por el Espíritu a una continua purificación para ser así más fiel transmisora de la Palabra viva de Dios. La Escritura es leída en la Iglesia, pero esta se realiza por su fidelidad a la Palabra.

(34) Cf. DV 10. La revelación, como autocomunicación de Dios a los creyentes, implica una Iglesia de comunión.

(35) El Nuevo Testamento testimonia la fase constitutiva apostólica de la Tradición.

(36) Juan Pablo II nos dice: “Los Padres son igualmente los constructores, porque, sobre la base del único fundamento puesto por los apóstoles, es decir sobre Cristo, ellos han edificado las primeras estructuras de la Iglesia de Dios. En efecto, la Iglesia vive hoy día de la vida recibida de los Padres... Ellos han sido, pues, los Padres y lo serán siempre, ellos que son, por así decirlo, una estructura estable de la Iglesia y que en ella realizan, a través de los siglos, una función ininterrumpida. Es por eso que todo anuncio del Evangelio y todo magisterio posterior, para poder ser auténticos, deben ser confrontados con su anuncio y su magisterio; todo carisma y todo ministerio deben alimentarse de la fuente viva de su paternidad; toda piedra nueva que se agrega al edificio, que crece y se extiende cada día, debe situarse en la estructura que ellos pusieron, y soldarse y unirse a ella” (*Patres Ecclesiae*, 1 (2-I-1980), AAS 72 (1980)5s). Por eso desde antiguo se hicieron florilegios de los textos de los Padres, que se utilizaban en los concilios. Por eso también los concilios de Trento y Vaticano I dicen que no es lícito interpretar la Escritura contra el consenso unánime de los Padres (DS 1507; 3007).

(37) DV 10.

(38) “La universalidad de los fieles que tienen la unción del Santo (cf. 1Jn 2, 20 y 27) no puede fallar en el creer, y ejerce esta su peculiar propiedad mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo, cuando ‘desde el obispo hasta los últimos fieles laicos’ (Agustín, *De praed. sanct.*, 14, 27) manifiesta su asentimiento universal en las cosas de fe y costumbres” (LG, 12).

que tanto Pío IX como Pío XII, antes de proclamar respectivamente los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción de María, hayan preguntado por la fe, en esas verdades, de todas las Iglesias particulares.

C) EL ESPÍRITU UNIVERSALIZA Y DESARROLLA EN EL TIEMPO

El acontecimiento de Jesús, nuestro único mediador de la Nueva Alianza (39), fue un hecho singular en la historia, que Dios realizó una vez para siempre, como nos dice Hb respecto al sacrificio de Cristo (40). Y sin embargo, es la Palabra decisiva de salvación para todas las edades y circunstancias de los hombres. No ha sido dado otro nombre bajo el cielo en el que uno se pueda salvar (41). El plan de Dios es recapitular todas las cosas en Cristo (42). Cristo, siempre presente, de diversas maneras (43), en su Iglesia peregrina hasta la consumación de los tiempos (44), está sentado a la diestra del Padre, donde intercede por nosotros (45), esperando que sus enemigos sean sometidos bajo sus pies (46). Entonces entregará el reino al Padre para que Dios sea todo en todos (47).

¿Cómo se universaliza la pascua salvadora de Jesús para todos los tiempos? Por el Espíritu de filiación (48) que nos derrama el Señor resucitado (49) y constituido en espíritu vivificante (50). El Espíritu es el don de Dios en los últimos tiempos (51), que está en nuestros corazones (52) y clama al Padre a nombre nuestro (53). Nos configura a Cristo, la Palabra de Dios. El Espíritu, que ya actuó en los profetas, en Jesús, en los apóstoles y en la fijación por escrito de la revelación, es el que actúa en la transmisión (“tradición”) de ella, en su acogida por el creyente. Es el que une (y da la identidad) a través de la pluralidad de expresiones de los hombres en la contemporaneidad, y a través de los tiempos históricos (54); y a la vez, es el que constantemente abre la Tradición a nuevas expresiones culturales en las cambiantes circunstancias. Así como interviene en la inspiración de la Escritura, en la encarnación del Verbo, en la transubstanciación de las especies eucarísticas, así

(39) Hb 8, 6; 9, 15; 12, 24; 1Tm 2, 5.

(40) 7, 27; 9, 12.26.28; 10, 10. Cf. 1P 3, 18.

(41) Cf. Hch 4, 12.

(42) Ef 1, 10.

(43) SC 7.

(44) Mt 28, 20.

(45) Rm 8, 34. Cf. Hb 7, 25.

(46) Hb 10, 12s.

(47) 1Co 15, 24-28.

(48) Rm 8, 15s; Ga 4, 6s.

(49) Jn 7, 39; 20, 22; Hch 2, 33; Tt 3, 6.

(50) 1Co 15, 45.

(51) Hch 2, 17ss.38; 8, 20; 10, 45; 11, 17.

(52) 2Co 1, 22; Ga 4, 6. Él es las arras de nuestra herencia y nos abre a la escatología final (Rm 8, 23; 2Co 5, 5; Ga 5, 5; Ef 1, 13s).

(53) Rm 8, 26s; Ga 4, 6.

(54) Respecto a la comunión en la Tradición, nos dice 1Jn 1, 3: “Lo que vimos y oímos os anunciamos también a vosotros, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo”.

también a su nivel, en la siempre renovada inculturación de la revelación. Es la fuerza transformante de Dios para que recibamos su Palabra en la fe, su autocomunicación, y para que así seamos testigos (55).

Este es el Espíritu de la verdad (56), maestro interior, que actualiza lo de Cristo para cada circunstancia y nos va conduciendo a la verdad plena (57). El conoce las profundidades de Dios y nos hace profundizar en el conocimiento del misterio (58). Y el creyente, en la medida de su conformación con Cristo (en su seguimiento) y de su apertura y docilidad al Espíritu, reflejando en sí mismo cada vez más el misterio de Dios, va creciendo en su comprensión. En ese sentido, el santo, transparencia de Dios y de Cristo, manifestación más cumplida de la revelación salvadora, es un lugar teológico para la profundización en la revelación (59). Igualmente el pobre en el espíritu, de quien es el reino de los cielos (60), nos enseña quién es el Dios que se ha revelado y cómo corresponderle; en él encontramos a Jesús (61). Por otro lado, el Espíritu Santo es el que va purificando, vivificando y cristificando las culturas (62) en las que se presenta la revelación, se expresa la fe. Así la inteligencia de la revelación va creciendo con el paso del tiempo, se va enriqueciendo hasta el día de la plenitud del reinado de Dios. Nos dice el Concilio: “Esta, que es la Tradición desde los apóstoles, progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo: pues crece tanto la percepción de las realidades cuanto de las palabras transmitidas, ya sea por la contemplación y estudio de los creyentes, que la confieren en su corazón (Lc 2, 19 y 51), ya sea por la íntima inteligencia de las cosas espirituales que experimentan, ya sea por el anuncio de aquellos que recibieron el carisma cierto de la verdad con la sucesión del episcopado. Es decir, la Iglesia, en el correr de los siglos, tiende incesantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella se consumen las palabras de Dios” (63). Y en el día final ya no veremos en fragmento y en espejo, sino en la transformante visión cara a cara (64). La comunidad de los salvados, Iglesia celeste, contemplará y alabará (65) en el gozo exuberante del cielo, en que Dios se nos comunicará directamente (66). Esto no significa que entonces se evacue el misterio del Dios uno y trino sino que este se volverá más esplendente como trascendente origen y patria de todo (67).

(55) Hch 1, 8. En Hch, el Espíritu es el gran actor de la misión de la Iglesia.

(56) Jn 14, 17; 15, 26; 16, 13; 1Jn 4, 6; 5, 6.

(57) Cf. Jn 14, 26; 15, 26; 16, 13-15.

(58) 1Co 2, 10ss; Ef 3, 5.

(59) “La Iglesia vive sobre todo en los santos, y también mediante los santos. Ellos son los portadores de la Tradición con una autoridad superior” (Congar, *op. cit.*, 206). “Esta Iglesia existe principalmente en los hombres espirituales o, en sentido paulino y agustiniano de la palabra, en los santos. **Sancti**, es también el título que los Escolásticos dieron a las ‘autoridades’, es decir a los hombres que, por una **revelatio** o una **inspiratio** de Dios, habían recibido el don de la inteligencia o habían penetrado la **allegoria** del texto sagrado” (*Ib.*, 152s).

(60) Mt 5, 3.

(61) Cf. Mt 25, 31-46.

(62) Mucho debe la cultura occidental al cristianismo, entre otras cosas, en su concepción de la dignidad de la persona humana.

(63) DV 8.

(64) 1Co 13, 12. Cf. DV 7.

(65) Cf. S. Agustín, *De civitate Dei*, XXII, 30, 5.

(66) Sin mediación de creatura alguna que tenga razón de objeto visto (DS 1000).

(67) Dios revelándose se esconde, y escondiéndose se revela.

D) LA INCULTURACIÓN

La aceptación de la revelación siempre es inculturada, porque la recibe (se la apropia) el hombre dentro de su cultura, en la que vive, piensa y se expresa; y así la transmite (68). El mismo Verbo de Dios en su Encarnación, haciendo culminar la historia salvífica, se apropió la cultura de su época y medio, expresándose en ella. La autorrevelación de Dios es, pues, expresada y recibida en un lenguaje humano. ¿Puede el lenguaje humano elaborado a partir de lo sensible, expresar al Dios trascendente y su acción respecto al hombre? Aunque siempre queda corto, puede analógicamente, porque el lenguaje humano está abierto a ser “vehiculado” para significar, o hacer presente y comunicar una realidad que lo trascienda. Correspondientemente en nuestro interior experimentamos la autotranscendencia del dinamismo de nuestro espíritu hacia la Verdad y Bien absolutos. Pero nos advierte el concilio lateranense IV que en toda semejanza entre el Creador y su creatura hay que notar una mayor semejanza (69). Jesús nos habló de Dios, su Padre, y nos contó la venida de su reinado en parábolas. Y ver a Jesús es ver al Padre (70), porque Cristo es la imagen del Dios invisible (71). Jesús en la cruz nos revela en plenitud que Dios Padre es amor (72). Este amor se muestra triunfante (73) en la pascua de Jesús, que incluye la donación del Espíritu de vida y libertad (74), de filiación.

La revelación no puede no ser inculturada, pero las culturas son diferentes y cambiantes como el hombre a través de su historia. Por eso la Tradición debe ser viva, bajo la acción del Espíritu, para que la Palabra de Dios resuene con fuerza salvadora, sea interpelante, anuncie la buena nueva en lenguaje apropiado para ese hombre en sus circunstancias (75). Para esto se debe respetar la pluralidad de expresiones de la fe, p. e. en la liturgia, disciplina y modo de vida, dentro de la debida unidad. Para esto debería haber un cambio continuado en la forma de anunciar y presentar la Palabra conforme a la sucesión de las épocas. Para realizar esto, ¿se puede distinguir fácilmente entre el contenido de la revelación y su forma de inculturación, propia esta última de una época, que puede haber ya pasado? La primera dificultad es que no podemos concebir un contenido sin algún tipo de lenguaje, que siempre lleva consigo la particularización de la cultura, debido a sus circunstancias. Pero en la historia de la expresión de la fe, se va como decantando, sedimentando, de otra manera, el núcleo permanente de esta y, por tanto, de la revelación, a través de las nunca del todo satisfactorias

(68) El testimonio, con que se transmite, implica inculturación.

(69) DS 806.

(70) Jn 12, 45; 14, 9.

(71) Col 1, 15. Cf. 2Co 4, 4.

(72) 1Jn 4, 8.16. Cf. Rm 5, 8; 8, 32; 1Jn 4, 10.

(73) Cf. Jn 16, 33; Ap 3, 21; 5, 5; 17, 14.

(74) Rm 8, 2.10; 2Co 3, 6.17

(75) “Las Iglesias jóvenes toman prestado de las costumbres y tradiciones de sus pueblos, de su sabiduría y doctrina, de sus artes y disciplinas, todo aquello que puede servir para confesar la gloria del Creador, para ilustrar la gracia del Salvador y para ordenar debidamente la vida cristiana” (AG 22). Cf. GS 44; 58. La misma fidelidad a la Tradición, para mantener esta su identidad viva, impone una continua renovación en expresiones, etc., en consonancia con los cambios de la cultura. “Fidelidad a la tradición dice, pues, no ciega fidelidad a las formas del testimonio transmitido, sino viviente y razonable fidelidad a aquello que estas formas debían testimoniar en cuanto sentido y lo que ahora quizás mediante otras formas puede ser mejor representado” (Seckler, *op. cit.*, 123).

expresiones de nuestro deficiente y cambiante lenguaje. Porque la fe, comunicada y entregada al hombre en la Tradición, está siempre en busca de inteligencia y de una más adecuada expresión (76). Así, con esta transformación sucesiva del lenguaje, se va perfilando mejor el contenido de la Revelación. Es la autocomunicación de Dios que se va iluminando con las cambiantes circunstancias. Es obvio que las diversas transculturaciones del mensaje van enriqueciendo su comprensión progresivamente. Además va creciendo, como ya dijimos, la intelección del misterio revelado, transmitido y experimentado, conduciéndonos el Espíritu a la verdad plena (77). De esta manera, dada la mayor inteligencia y explicitación, se habla de la evolución o profundización del dogma, dentro de la misma fe (78).

En la transmisión y desarrollo vital de la comprensión de la revelación encontramos, pues, una tensión permanente entre la unidad (histórica o diacrónica, y sincrónica) (79) y la diversidad plural. El centro de unidad no solo es el origen, el contenido y la misión, sino el mismo Dios que se sigue revelando a cada hombre y comunidad en esa cadena de transmisión de la fe a través de su único Espíritu. Así los creyentes entran a participar de la única fe de la Iglesia que camina en la historia hacia la morada del Padre. Esta revelación una, continuada, plural en sus expresiones, vehiculada por la Tradición, que siempre se renueva (se pone al día) meditando sus orígenes y que va profundizando su autocomprensión, es una admirable obra del Espíritu en la historia (80), que nos manifiesta el amor de Dios. Es la presencia entre nosotros del Cristo glorioso, que nos va integrando a su pascua victoriosa, y a su obediente entrega al Padre.

Y esta armonía o comunión sincrónica y diacrónica (81) (con una apostolicidad que se sigue renovando en la historia y abierta a la escatología) es una gran señal de que se trata del cauce auténtico de la Tradición viva, de su verdad, cuya manifestación culminará en la plenitud de los tiempos. Presupone la armonía con la Escritura, que nos hace siempre presente la fundante tradición apostólica (82). El *sensus fidei*

(76) **Fides quaerens intellectum** era el título que S. Anselmo había dado a su *Proslogion* (*Proslogion*, proem. [I, 94, 7]).

(77) Jn 16, 13. Cf. DS 3016.

(78) Cf. DS 3020; 3043.

(79) Corresponden a la apostolicidad y catolicidad de la Tradición.

(80) En las herejías rompemos, por nuestro pecado, la unidad de la Tradición, distorsionamos la cadena de transmisión y, por tanto, no nos reconocemos unos a otros en la misma fe.

(81) El consenso sincrónico se basa en el diacrónico.

(82) El Nuevo Testamento consignó por escrito la tradición apostólica constitutiva. La pregunta por la historia que está detrás. p. e. la pregunta por el Jesús histórico, sirve no solo para entender el sentido del Evangelio sino también para aprender de su forma de inculturación. Según H. J. Pottmeyer (*Normen, Kriterien und Strukturen der Überlieferung*, en *Handbuch der Fundamental-Theologie*. IV: *Theologische Erkenntnis-Lehre*, p. 144ss., Freiburg 1988, pp. 124-152), norma suprema de la fe y del conocimiento teológico es la Palabra de Dios que en Jesucristo tomó carne. Es accesible a nosotros en su perenne novedad mediante los profetas y apóstoles (cuyo testimonio cristalizó en la Escritura), juntamente con el testimonio del mismo Espíritu en los corazones creyentes y en la Iglesia. La Escritura inspirada es norma normada primaria para la siguiente tradición eclesial, y esta última es norma normada secundaria. Ya la misma Escritura nos enseña cómo hacer hermenéutica.

El concilio de Trento hablaba de tradiciones de los apóstoles. A este respecto comenta J. G. Boeglin (*La question de la Tradition dans la théologie catholique contemporaine*, Paris 1998, p. 50): "El Concilio renunció a proponer una lista exhaustiva de tradiciones que había que recibir, pero él definió los criterios, a partir de los cuales se puede efectuar la distinción entre las

(83), obra del Espíritu, sabe discernir si lo que se dice, obra y vive corresponde (refleja) o no lo de Jesús. Por eso que es tan importante la recepción por parte de toda la Iglesia. La Jerarquía, además de transmitir la Tradición en su predicación, etc., es la gran garante de su autenticidad, bajo la asistencia del Espíritu. El gran lugar teológico es, pues, la Iglesia.

El acto de fe, como dice Santo Tomás (84), no termina en las palabras o expresiones sino en la realidad. Como comenta el *Catecismo de la Iglesia Católica* (85), “nos acercamos a estas realidades con la ayuda de las formulaciones de la fe”. Y el misterio siempre va a estar más allá, va a exceder a sus formulaciones. Pero porque el hombre siempre es el mismo, sus expresiones, si son fieles, alcanzan un valor universal, para todas las épocas, con tal que se las entienda según los contextos en que fueron definidas o adoptadas (86). Así, por ejemplo, la liturgia (87) nos presenta un rico tesoro de expresiones de la fe; igualmente los concilios, etc. Con todo, es deber pastoral de la Iglesia seguir buscando mejores adaptaciones a las diversas culturas (88) justamente para mantener la vitalidad de la Tradición. Mantener viva la Tradición para que la Palabra de Dios llegue a los contemporáneos en forma interpelante y salvífica, requiere de los teólogos, pastores y fieles cristianos un continuo esfuerzo hermenéutico para *aggiornar* el mensaje con una seria consideración de la Escritura y Tradición en sus contextos vitales y su respectiva reinterpretación también vital para el mundo de hoy. Así se habla del círculo hermenéutico.

E) EJEMPLOS DE RELECTURAS BÍBLICAS

Sucesivas reinterpretaciones o desplazamientos de vocablos no solo acontecen en la tradición posbíblica, sino que estaban en el mismo corazón de la Biblia, a

-
- tradiciones que hay que recibir y las simplemente humanas. Estos criterios son los siguientes:
- estas tradiciones tienen por origen la palabra de Cristo confiada a los apóstoles, o la acción del Espíritu (*dictante Spiritu*): se trata, por tanto, de un origen divino;
 - estas tradiciones se refieren a la fe y a las costumbres; las tradiciones ‘ceremoniales’ no son tomadas en cuenta;
 - estas tradiciones son transmitidas por los apóstoles a las generaciones siguientes y son conservadas en la Iglesia según un proceso de ‘sucesión ininterrumpida’;
 - estas tradiciones son ‘no escritas’: más tarde se precisará que ellas no figuran en los escritos inspirados, pero que pueden figurar en los escritos no inspirados”.
- (83) “Con ese sentido de la fe que el Espíritu de la verdad suscita y sostiene, el pueblo de Dios, bajo la conducción del sagrado magisterio, al que se somete fielmente, recibe no ya la palabra de los hombres, sino la verdadera palabra de Dios (cf. 1Ts 2, 13); se adhiere indefectiblemente a la fe dada de una vez para siempre a los santos (cf. Jud 3), penetra más profundamente en ella con juicio recto y la aplica con mayor plenitud en la vida” (*LG*, 12).
- (84) *Summa Theologiae*, II II, 1, 2, ad 2.
- (85) Núm. 170. Esta párrafo comienza diciendo: “No creemos en las fórmulas, sino en las realidades que estas expresan y que la fe nos permite ‘tocar’”.
- (86) Así, a través de los siglos, recitamos el mismo Credo del concilio de Constantinopla I.
- (87) Lugar privilegiado de la actualización de la Palabra. La liturgia es una epifanía de la Tradición. “La liturgia es el lugar privilegiado en el que se conserva y se comunica la Tradición: ya que es la primera de las cosas que se hacen en la Iglesia y con mucho la principal. Es, en efecto, la celebración activa y operante del misterio cristiano. Y así como celebra y contiene íntegramente el misterio, transmite todo lo esencial de lo que debe transmitirse” (Congar, *op. cit.*, 117; cf. *Ib.*, 191).
- (88) Cf. GS 44 y 62.

medida que se realizaba la progresiva revelación de Dios. Así, por ejemplo, en el Antiguo Testamento el cumplimiento de una promesa puede convertirse en el punto de partida de otra (89); las profecías podrán ser reinterpretadas. Podríamos decir que hay una continua relectura de la revelación ya habida. Así la apocalíptica es una literatura de relectura. Y el Nuevo Testamento va a ser también una relectura fundamental del antiguo, que culmina en él. Para el cristiano solo desde Cristo se lee en plenitud (se quita el velo (90)) el Antiguo Testamento, que es una cierta preparación del nuevo, una gran profecía (en sentido amplio) de este. Pero, a su vez, solo conociendo al antiguo se domina el lenguaje que va a ser reutilizado en el nuevo. La profecía, aunque sea sombra y tipo, sirve también para aclarar el cumplimiento. Nos dice DV 16: “Dios, por tanto, inspirador y autor de los libros de uno y otro testamento, los dispuso con tal sabiduría que el nuevo estuviera oculto en el viejo y el viejo manifiesto en el nuevo. Porque, si bien Cristo con su sangre fundó una nueva alianza (cf. Lc 22, 20; 1Co 11, 25), sin embargo, los libros del Antiguo Testamento, asumidos íntegros en el anuncio evangélico, adquieren y muestran en el Nuevo Testamento su significación completa (cf. Mt 5, 17; Lc 24, 27; Rm 16, 25s; 2Co 3, 14-16) y, a su vez, lo iluminan y explican”. Más de una vez en la historia, la raíz veterotestamentaria ha contribuido a que el cristianismo no derivara en gnosis. La relación del Nuevo Testamento al antiguo, como culminación, como superación y conservación a la vez, es clave para la correcta intelección del cristianismo.

Si nos fijamos ahora solo en algunos de los títulos de Jesús, en el Nuevo Testamento, percibiremos desplazamientos que corresponden a condiciones culturales y espirituales de profundización o explicitación de la fe. Así, por ejemplo, el misterioso y ambiguo ‘Hijo del hombre’, que rememoraba el personaje de Dn 7 y que usó Jesús, según los evangelios, para autodesignarse, desaparece rápidamente en los otros escritos del Nuevo Testamento, y con el tiempo “Hijo del hombre” se contrapondrá simplemente a ‘Hijo de Dios’, al tratar de Cristo (91). Por el contrario, el título mesiánico de ‘Hijo de Dios’, al que se refiere el sumo sacerdote en el interrogatorio de la pasión, pasará a significar al Hijo unigénito del Padre, que es preexistente y fue enviado. Y el mismo título ‘Cristo’, que para un judío significaba mesías (ungido), para muchos oídos griegos pasará a integrar el nombre propio ‘Jesucristo’.

F) EJEMPLOS DE RELECTURAS DOGMÁTICAS

Pasando a la época de los Padres de la Iglesia, época privilegiada y paradigmática de la Tradición, en que se produce la inculturación greco-latina de la revelación, también constatamos en ella desplazamientos en las expresiones de la fe. Si nos fijamos solamente en la elaboración de las fórmulas dogmáticas, de gran trascendencia

(89) Entre otras, la posesión de la tierra prometida se expandirá a la espera del mesías davídico (el mismo mesianismo se desplazará); la antigua alianza se pondrá a la espera de la nueva y del profeta que ha de venir; el día de Yahweh pasará de salvación a juicio temible para Israel, y posteriormente a escatología.

(90) 2Co 3, 14-16.

(91) P. e. Ireneo, *Adv Haer*, III, 16, 3; III, 19, 1, etc.

salvífica y de mucho influjo en la cultura, que expresan los misterios del Dios trino (92) y la encarnación (93), veremos lo difícil de la búsqueda, el tiempo que tomó y la recuperación de fórmulas o vocablos que podrían parecer rechazados en ciertos momentos. Así, por ejemplo, entre Nicea y Constantinopla I, los Padres Capadocios tienen que reformular la noción de hipóstasis como diferente a la de ousía, contrariamente a la equivalencia de esos dos vocablos en Nicea. Agustín, que traduce la “hipóstasis” griega por “substancia”, dirá que la fórmula trinitaria griega quizás se deba al uso de esa lengua. El hablará de “tres personas”, pero esto para no quedarse callado y por tradición, porque si persona es un absoluto (no un relativo), debería ser una (94). Pasando ahora a la fórmula de la Encarnación, en Calcedonia se niega el “de dos naturalezas” de Eutiques, para afirmar la persona “en dos naturalezas”, después de la unión. Sin embargo, una vez consolidada esta interpretación básica, se retomará el “de dos” adjuntándolo a “en dos” (95). Igualmente se propondrá una lectura ortodoxa para la fórmula de S. Cirilo de Alejandría: “una naturaleza del Logos Dios, encarnada” (96). Más aún, después de la histórica y lamentable separación de la Iglesia Ortodoxa Copta respecto a la Iglesia Católica, ambas Iglesias acaban de reconocerse mutuamente la fe verdadera bajo expresiones diferentes (97). Estos ejemplos nos señalan algunas de las búsquedas e insatisfacciones que rodean las fórmulas con que expresamos el misterio en el deficiente lenguaje humano y que es dependiente de las culturas.

G) REVELACIÓN CRISTIANA Y POSIBLES MANIFESTACIONES EN OTRAS RELIGIONES

Vista esta presentación sumaria de algunos aspectos de la Tradición viva, terminemos considerando cómo pueda la Revelación en la práctica ser ofrecida a todos los hombres y ser aceptada, con ayuda de la gracia, por los hombres de buena voluntad, cuando estos se encuentran fuera de las fronteras del testimonio y de la predicación cristianos, cuando no están directamente al alcance de la Tradición. Recordemos que la revelación es salvadora y que la fe es condición de salvación (98). Por otro lado, Dios quiere que todos se salven (99) y existen masas y culturas en las que no se oye

(92) Tres hipóstasis o personas de una misma substancia o naturaleza (en torno al Constantinopolitano I en el 381).

(93) Una persona en dos naturalezas sin mezcla y sin división (Calcedonia en el 451).

(94) Cf. *De Trinitate*, V, 8 (10), 43-49 (10), 11, CChL 50, p. 216s; VII, 6 (10s), 1-33, CChL 50, p. 261s. Actualmente el concepto de persona, en nuestra cultura moderna, ha integrado la subjetividad perfilándose como un centro de autoconciencia y libertad, lo que podría impulsar a pensar la Trinidad en un sentido triteísta.

(95) Cf. DS 506; 543; 548; 557, etc.

(96) Cf. DS 429; 505.

(97) Así reza la Declaración de la Comisión Conjunta (Viena, 26 a 29 de agosto de 1976): “Cuando los ortodoxos confiesan que la divinidad y humanidad de Nuestro Señor se unieron en una naturaleza, ellos de ninguna manera entienden por naturaleza una naturaleza simple, sino más bien una única naturaleza compuesta, en la que la divinidad y humanidad están unidas en forma inseparable y sin mezcla”, etc (cf. A. Grillmeier, *Jesus der Christus im Glauben der Kirche*, II, 1, p. 378 n, 4). Algo parecido ha sucedido con la Iglesia Asiriana de Oriente. Véase, a este respecto, la *Declaración cristológica común* en *L'Osservatore Romano* del 12 de Nov. de 1994.

(98) Cf. DS 3012.

(99) 1Tm 2, 4. Cf. DV 3.

hablar de Cristo. En ese contexto histórico, si la posibilidad de salvación es real, tenemos que aceptar que basta la fe implicada en una real entrega del hombre al ‘Dios desconocido’ (100). Y en esa fe implícita se realiza para esos hombres, a su modo, una cierta revelación (entendiéndola no en el sentido de la revelación cristiana) o manifestación salvadora que culmina en ese acto de fe. Pero además de esto, algunos, como K. Rahner (101), se preguntan si Dios no habrá ‘revelado’ (en el sentido recién dicho), para algunos públicos en alguna otra religión, algo de su verdad, en los enormes espacios y tiempos de la historia, dado el corto espacio de tiempo de la revelación “oficial” judeocristiana y de su tradición posterior. Pero esos como girones de manifestación de Dios, que entonces podríamos tener en otras religiones, oscurecidos por el pecado de los hombres y pueblos, no estarían garantizados por Dios. Y la forma de discernir la posible verdad revelatoria en ellos sería con la luz del Nuevo Testamento, con el criterio de lo de Cristo Jesús.

H) CONCLUSIÓN

La Revelación es, pues, la Palabra de Dios para salvación de los hombres. Está inculturada en el lenguaje humano, lenguaje que aportan las culturas y que es, a su vez, transformado por esta Palabra. Así la Palabra de Dios, revelada e inculturada, guarda una profunda similitud con Jesús, la Palabra del Padre encarnada y también inculturada, en el que culmina toda palabra, toda revelación de Dios (102). Él, el revelador, enviado por el Padre (103), está siempre presente en su Iglesia, de la que es cabeza (104). Su Espíritu es el maestro interior que nos lleva a toda verdad sobre Él y nos lo actualiza; es el gran agente de inculturación de la revelación. En la Eucaristía, en que Cristo goza de varias presencias (105), tenemos ambas palabras de Dios: la mesa de la Escritura y la mesa en que Cristo y su sacrificio redentor se hacen verdadera y realmente presentes en misterio (106). La primera se ordena a la segunda. Y así como la Eucaristía prolonga la Encarnación de Cristo en extrema kénosis (107), así también, en cierta manera, la Palabra de Dios (inculturada) es

(100) “Pues los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir, en las obras, su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. La divina Providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin culpa por su parte no llegaron todavía a un claro conocimiento de Dios y, sin embargo, se esfuerzan, no sin la gracia divina, en conseguir una vida recta” (LG 16). Cf. GS 22.

(101) *Grundkurs des Glaubens. Einführung in den Begriff des Christentums*, 12a ed., Freiburg 1982, pp. 157-177; 303-312.

(102) “Las palabras de Dios, en efecto, expresadas en lenguas humanas, se han hecho semejantes al lenguaje humano, como un día el Verbo del eterno Padre, al asumir la carne de la humana debilidad, se hizo semejante a los hombres” (DV 13). Cristo, a su vez, es dicho en la Escritura y Tradición mediante palabras y acciones.

(103) El Evangelio de Jn destaca a Jesús como revelador y enviado del Padre.

(104) Cf. Ef 1, 22; 4, 15; 5, 23; Col 1, 18; 2, 19.

(105) Presencia de Cristo en sus ministros, presencia en la Palabra de Dios proclamada, en la comunidad reunida, en las especies consagradas (cf. SC 7).

(106) Cf. DV 21. Cristo es el pan de vida de ambas mesas.

(107) Entregado a las manos de la comunidad cristiana para ser comido y bebido como alimento espiritual

también una encarnación del Dios que se revela, y apunta a la Encarnación de Cristo en el seno de María la Virgen.

Solo queda que todo el pueblo de Dios, bajo la guía del Espíritu y siguiendo la auténtica interpretación del Magisterio, reciba siempre inculturadamente la revelación y, dando testimonio, la transmita en forma viva y creativa a otros hombres, generaciones y culturas, para la salvación. Y para descubrir toda la riqueza de la Tradición debemos escuchar atentamente las expresiones del Espíritu en las otras Iglesias cristianas y comunidades eclesiales, debemos convertirnos a la Palabra viviente. El Dios de la revelación es el Dios de la vida y de la salvación, que tiene un amor especial por los más pobres.

RESUMEN

El autor nos presenta un ensayo sobre la Tradición. Después de describir el papel de la Escritura y tradición en la transmisión de la revelación, destaca la gran obra del Espíritu al respecto. La revelación sigue realizándose para el creyente que la acepta en la fe. La revelación siempre es inculturada en la diversas y cambiantes culturas humanas. En ese sentido no hay una revelación pura a la que se pueda simplemente añadir o sacar una cultura determinada. Con todo, en la historia se va como decantando, sedimentando, un núcleo permanente de la revelación, más allá de las expresiones culturales. Se produce un progresivo enriquecimiento en su comprensión. La armonía sincrónica y diacrónica constituye una gran señal del cauce auténtico de la Tradición. Como la verdad no se agota en las palabras, el autor trae ejemplo de relecturas bíblicas y patrísticas. Finalmente, se pregunta por posibles manifestaciones "reveladoras" de Dios, al margen de la tradición cristiana.

ABSTRACT

The article presents an essay on the Tradition. After describing the role of the Scriptures and the Tradition in the transmission of the revelation, the author highlights the great work of the Spirit in this respect. He claims that the revelation is still in progress for those who accept it with faith. This revelation always appears embedded in the various changing human cultures. In this sense, there is not a pure revelation, to which a certain culture can be simply added to or removed from. However, there is a certain permanent core of the revelation, which seeps into history, as sediments, going beyond cultural manifestations, and providing so a progressive enrichment to its understanding. The synchronic and diachronic harmony makes up the sign of the authentic path of the Tradition. Yet, as the truth can not be exhausted in words, the author presents examples of new biblical and patristic readings, and he finally sets the question of the possible "revealing" manifestations of God, beyond the Christian tradition.